

maskil LEDAVID

El *lashón hará* afecta la cualidad
del agradecimiento

**“¿Cómo podré cargar yo solo con vuestros problemas, vuestras cargas y vuestros pleitos?”
(Devarim 1:12)**

Nuestros Sabios, de bendita memoria, nos dicen que lo que le dijo Moshé Rabenu al Pueblo de Israel justo antes de que entraran a la Tierra de Israel: “¿Cómo podré cargar yo solo...?” alude al lamento que figura en el *Libro de Ejá* (1:1): “¿Cómo se sienta sola la ciudad que tenía un gran pueblo? Está como una viuda”.

Los Hijos de Israel habían hablado *lashón hará* acerca de la Tierra de Israel y dado malos reportes, por ello *Hakadosh Baruj Hu* les dijo: “Habéis llorado un llanto en vano en el día nueve del mes de av, el día en que regresaron los espías de investigar la tierra. Esta fecha será para llanto a través de las generaciones”; y, como es sabido, ambos Templos Sagrados fueron destruidos en esa misma fecha, el nueve de av.

Se puede presentar una dificultad: ¿por qué *Hakadosh Baruj Hu* fue tan estricto con los espías que hablaron *lashón hará* de la Tierra de Israel, e incluso con los Hijos de Israel por haber aceptado el *lashón hará* que los espías hablaron? Si los espías hubieran hablado el *lashón hará* acerca de personas, entonces habríamos podido justificar el rigor del decreto, pero la Tierra de Israel no tiene sentimientos como una persona. Siendo así, ¿por qué Hashem fue tan meticuloso con todo lo malo que dijeron de ella?

Podemos decir, para explicar este tema, que el reporte denigrante acerca de la Tierra Sagrada, sobre la cual los ojos de Hashem se encuentran posados desde el comienzo hasta el final del año, refleja simplemente la mala cualidad de ser mal agradecidos. Y la cualidad de ser agradecidos es la llave para el cumplimiento de las mitzvot, porque en el momento en que la persona reconoce el bien del Creador del cual Él la hace acreedora, ese reconocimiento la hace apegarse a la Torá de Hashem y a cumplir Sus mitzvot.

Y para que el hombre se acostumbre a reconocer la bondad que el Creador hace con él, debe primero

reconocer el bien que realizan las personas que se encuentran a su alrededor, pues, a partir de reconocer el bien a su alrededor, llegará asimismo a reconocer el bien de *Hakadosh Baruj Hu* —Quien creó al hombre y lo mantiene a cada momento—. De la misma manera, tenemos la obligación de honrar a los padres, pues en ello hay imbuida una gran medida de agradecimiento. Como hemos dicho, a través del agradecimiento hacia sus padres —quienes hacen con él mucha bondad—, el hombre sentirá también la necesidad de agradecer a su Creador, pues con Su conocimiento, entendimiento e inteligencia infinitos, Él creó al hombre.

A Moshé Rabenu no le bastó agradecer a las personas que lo rodeaban, sino que también fue meticuloso en agradecer a lo inerte. Por ello, dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria, que *Hakadosh Baruj Hu* no quiso que Moshé golpeara el río en Egipto en la plaga de la sangre y de las ranas, porque el río había ocultado y salvado a Moshé en sus primeros meses de vida.

La Torá, que procura siempre ser sucinta y medida en sus palabras —y letras—, nos recalca el hecho de que Moshé no golpeó ni el río ni la tierra, sino que fue Aharón, su hermano, quien lo hizo, para enseñarnos la grandeza de la virtud del agradecimiento, la cual es la raíz de muchas otras buenas cualidades.

Y *Hakadosh Baruj Hu* fue riguroso con los Hijos de Israel, que habían aceptado las palabras denigrantes acerca de la Tierra de Israel, porque sabía que si los Hijos de Israel se acostumbraban a hablar *lashón hará* de la Tierra Sagrada que *Hakadosh Baruj Hu* les entregaba como obsequio, y sobre la cual Sus ojos están posados todo el tiempo, iban a acabar acostumbrándose a hablar de forma denigrante de las personas que los rodeaban, y, a fin de cuentas, iban a acabar siendo expelidos por la tierra. Por lo tanto, encontramos que los Hijos de Israel fueron exiliados de su tierra por haber hablado el *lashón hará* unos acerca de otros a causa del odio infundado que latía en su interior.

Esta es la razón por la que *Hakadosh Baruj Hu* fue tan riguroso con los Hijos de Israel en cuanto al castigo, para enseñarles la envergadura del pecado de hablar el *lashón hará* acerca de la Tierra de Israel, que es un acto totalmente adverso al agradecimiento, pues acaba haciendo caer al hombre de peldaño en peldaño hasta lo más bajo.

Continúa en la pág. 3 >>

6 de av de 5784

10 de agosto de 2024

895

Devarim

Shabat Jazón



Hilulá

6 de agosto

Ribí Moshé Ezrá Mizraji.

7 de agosto

Ribí Shalom Nóaj de Salonim.

8 de agosto

El Mekubal, Ribí Shimón Agassi.

9 de agosto

Ribí Yaakov Yitzjak Horowitz,
el Jozé de Lublin.

10 de agosto

Ribí Don Yitzjak Abarbanel.

11 de agosto

Ribí Yitzjak Blazer de Petersburgo.

12 de agosto

Ribí Yosef Levatón.





PERLAS DE LA PARASHÁ

Reflexiones inspiradoras

Todas sus palabras consagradas a Hashem

“Éstas son las cosas que le dijo Moshé a todo Israel.” (Devarim 1:1)

Es una regla conocida que en todo lugar que dice “estas” viene a excluir otras cosas. Siendo así, ¿qué quiso Moshé Rabenu excluir con esto?

Rabenu, el Or Hajaím Hakadosh, *zíaa*, explica que la Torá viene a atestiguar que Moshé Rabenu, que fue el líder del Pueblo de Israel por decenas de años, nunca sostuvo una conversación vana. Solo lo que está dicho en el *Libro de Devarim*: “Éstas son las cosas...” que dijo Moshé a Israel son las cosas que él les dijo a los Hijos de Israel, por iniciativa propia y no por orden de Hashem. Pero a lo largo de todos los años anteriores, no dijo ni una sola palabra que no hubiera sido ordenada por Hashem.

Y así explicaron nuestros Sabios, de bendita memoria, acerca de la frase del *Keriat Shemá* “y hablarás de ellas”: de ellas hablarás, pero no de cosas vanas. Y solo en ese momento, antes de su muerte, Moshé Rabenu dijo aquellas palabras por cuenta propia. Y aun aquellas palabras que dijo por cuenta propia, “todo el que vea atestiguará que todas son Torá, sabiduría y moral”.

Solo estudio puro

“Éstas son las palabras que le dijo Moshé a todo Israel.” (Devarim 1:1)

Rashí explica: “Ya que eran reproches, los dijo con insinuaciones, por el honor de Israel”.

Ribí Israel, el Báal Shem Tov, solía ser meticuloso con aquellos *maguidim* (‘predicadores’) que sermoneaban a sus congregaciones y que resaltaban los pecados y las faltas de los Hijos de Israel.

En una ocasión, el Báal Shem Tov entró a un *Bet Midrash* y vio que un *maguid* estaba reprochando a la congregación, resaltando las faltas de ellos y avergonzándolos en público.

El Báal Shem Tov exclamó: “¿Cómo puedes decir el *lashón hará* acerca de los Hijos de Israel? ¿Acaso no sabes que un judío que corre todo el día detrás de su trabajo en busca de su sustento y el de su familia, cuando, al llegar la noche, recuerda que no rezó *Minjá*, de inmediato, se levanta y reza, ya sea que sepa o no lo que está rezando, todos los serafines y ángeles superiores tiemblan al momento en que dicho judío está rezando? ¿Cómo puede ser que no te cuides la lengua de decir algo denigrante acerca de los Hijos de Israel?”.

Las conversaciones de paz producen guerras

“Observa, te he entregado en las manos a Sijón, el rey de Jeshbón, y su tierra. Comienza a poseerla, y a provocarlo a salir en guerra.” (Devarim 2:24)

“Y envié mensajeros desde el desierto de Kedemot hacia Sijón, rey de Jeshbón, con palabras de paz, diciendo...” (Devarim 2:26)

Hakadosh Baruj Hu le había ordenado a Moshé que provocara al rey de Jeshbón a hacer guerra. ¿Y qué hizo Moshé? “Y envié mensajeros desde el desierto de Kedemot hacia Sijón, rey de Jeshbón, con palabras de paz”. ¡Justo lo contrario de lo que le había sido ordenado!

Escribió el *Kérem Jémed* que es posible explicar esta conducta por medio de lo que dice el versículo en *Tehilim* (120:7): “Yo soy [todo] paz, pero cuando les hablo, ellos son para la guerra”. Esto quiere decir que, por naturaleza, cuando le hablan al no judío de paz, éste piensa que temen de él y por eso él sale a hacer guerra.

Así mismo hizo Moshé Rabenu. Para provocar a Sijón a que saliera a la guerra, le envió palabras de paz. Así cumplió, de hecho, la orden de Hashem de “provocarlo a la guerra”.



DEL TESORO

Basado sobre las enseñanzas del Gaón y Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*

La cúspide del éxito proviene del corazón

“Éstas son las palabras que le dijo Moshé a todo Israel.” (Devarim 1:1)

Besiatá Dishmaíá, pensé en explicar que la expresión en hebreo *ele* (אלה: ‘estas’) tiene el mismo equivalente numérico que la expresión *halev* (לב: ‘el corazón’) si se incluye la palabra en sí.

Esto quiere decir que Moshé Rabenu dirigió a los Hijos de Israel por el sendero de la Torá y las mitzvot, diciéndoles palabras de reproche y de moral, cuando todas sus palabras fluyeron de un corazón cálido y amoroso. Él fue para ellos como un padre misericordioso que dirige a su hijo con gran amor. Y ya dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria, que “Las palabras que surgen del corazón entran en el corazón”. Por ello, los Hijos de Israel siempre prestaron atención a las palabras de Moshé y acataron sus palabras.

Así dijo el Gaón, Ribí Yejezkel Serna, *zatza*, a uno de los importantes alumnos en Bené Berak: “Quien ama verdaderamente a sus alumnos, puede estar seguro de que llegarán juntos a la cima del éxito”, porque lo que surge del corazón puro y amoroso, acabará entrando en el corazón.

Ciertamente, incluso yo procuro aplicar estas palabras en las charlas de moral que doy, tanto a las masas como a personas particulares. Nunca me propuse dirigirme a alguien para reprocharlo por sus malos actos con palabras duras o con enojo —*jalila*—. ¡No podría hacer eso nunca! Incluso a las personas más alejadas del cumplimiento de la Torá y de las mitzvot, procuro irradiarles abundante amor y compasión. Y todas las palabras de reproche que les digo surgen de un corazón lleno de amor. Solo las palabras de moral que son agradables al oído, y que no son dichas en medio de la tormenta de la furia o de extrema emoción, solo las palabras de moral con afecto son escuchadas. Y cuando el que escucha ve que toda mi intención es, en efecto, solo para su bien y para su provecho, entonces dichas palabras hacen fruto, y las personas vuelven en arrepentimiento.

Y, *baruj Hashem*, con esta conducta, he tenido el mérito de hacer volver en *teshuvá* a muchos y alejarlos de hacer el mal. Incluso aquellos que, lamentablemente, se encuentran denominados como malhechores de Israel, que odian la Torá —*Rajmaná litzlán*—, cuando ven que mis palabras de reproche surgen del corazón y que toda mi intención es solamente para su bien, de inmediato, se concilian con lo que les digo y hacen *teshuvá*. Conozco incluso varios no judíos que han participado de mis charlas públicas, y las palabras de Torá que entran en sus oídos causan un cambio radical, por medio del cual acaban convirtiéndose y refugiándose debajo de las alas de la *Shejiná*.

Esta forma de conducirnos la heredamos de Moshé Rabenu, que reprochó a los Hijos de Israel con amor y afecto, proveniente de un corazón lleno de misericordia y compasión por cada uno de los miembros del pueblo.



DIVRÉ JAJAMIM

Así fue aceptado el *avrej* en el *coleg*

“... como un hombre lleva a su hijo” (Devarim 1:31)

Ésta es la fantástica característica de los dirigentes de Israel y de los grandes de la Torá a través de las generaciones, la cual surge e ilumina la buena cualidad con la cual fueron bendecidos: “... como lleva un hombre a su hijo”.

En esta oportunidad, dedicaremos nuestra atención al maravilloso Tzadik que tuvimos en nuestra generación, Ribí Natan Tzvi Finkel, *zatzal*, Rosh Yeshivá de Yeshivat Mir. En la obra *Bejol Nafshejá*, se relató que en una de las épocas de dificultad económica por las que atravesó la yeshivá, se tomó la decisión de no aceptar temporalmente *avrejm* nuevos. Muchos *avrejm* llegaban pero no eran aceptados; a todos se les decía que a la sazón no se los podía aceptar en la yeshivá.

De todas formas, un *avrej* le solicitó al Rosh Yeshivá ser aceptado. Él argumentaba que si no era aceptado, iba a tener problemas de armonía en su hogar, pues su esposa sabía que en Mir todos eran recibidos con facilidad. Él temía que si regresaba a su casa en ese momento y le decía a su esposa que en Mir no estaban siquiera haciendo exámenes de ingreso, ella no le iba a creer, y que ella no lo tomaría bien. Habiendo escuchado esto, el Rosh Yeshivá lo aceptó.

En otro relato, un *avrej* que solía llegar de vez en cuando para solicitar que el Rav rezara por su esposa que había contraído una enfermedad —*lo alenu*—, contó que cada vez se sorprendía de ver cómo el Rosh Yeshivá se acordaba de todos los detalles del caso de su esposa: el tipo de enfermedad que ella tenía y cómo ésta se había desarrollado, y recordaba hasta el menor detalle. Y así el Rav se conducía con todas las demás personas; él recordaba los detalles particulares de cientos de *avrejm* que le pedían que rezara por los problemas que ellos enfrentaban. Él se apresuraba a escribir el nombre de la persona por la que iba a rezar en una libreta especial que tenía, pero que casi nunca usaba, porque se acordaba de decenas de nombres de memoria.

El Rav Finkel hizo santificación del Nombre de Hashem por medio de su conducta para con todas las personas. Esto lo puede atestiguar el hecho de que uno de los ingenieros que participó de la construcción del edificio de la yeshivá en Brachfeld, una persona alejada del sendero de la Torá —*Rajmaná litzlán*—, había quedado muy impresionado con la conducta del Rav Finkel. Tiempo después, dicho ingeniero se enfermó gravemente. Sus familiares se ofrecieron a ir donde los grandes Rabanim de la generación para pedirles que rezaran por su bienestar, pero él se opuso. Él dijo que quería que le pidieran a un solo Rav que rezara por él: el Rav Natan Tzvi Finkel en Jerusalem.

>>> *Continuación de la pág. 1.*

Recuerdo que cuando mi respetable padre, *zatzal*, encontraba un pedazo de pan tirado en el suelo, se molestaba en levantarlo, en representación del agradecimiento que se debe tener al pan, el cual sustenta y alimenta a la persona. Ese es también el motivo de “no desperdiciar”, porque todo aquello de lo que se puede tener provecho está prohibido exterminarlo, por la obligación de agradecimiento que tenemos hacia dicho objeto, el cual puede sernos de utilidad. Y cuando el hombre es meticuloso en las cosas pequeñas y se conduce de forma respetable aun con las cosas inertes, acabará siendo meticuloso también con las cosas de mayor magnitud, y honrará a los grandes Rabanim y Tzadikim y, por encima de todo, a *Hakadosh Baruj Hu*, Quien lo creó, y continúa sosteniéndolo y manteniéndolo sobre la faz de la tierra.



BAMSILÁ naalÉ

Pasajes de fe y confianza en Hashem de la pluma de *Morenu Verabenu*, el Gaón, el Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, *shlita*

Esforzarse en el estudio de la Torá

En una oportunidad, tuve el mérito de responder a una pregunta del *Baal Haflaá* sobre una *suguiá* específica. Había estudiado ese tema treinta y cinco años antes, cuando era un *bajur yeshivá*, pero esa *suguiá* se mantuvo fresca en mi mente durante todos esos años, como si la hubiera acabado de estudiar. Estoy seguro de que el método de estudio de mis mentores fue lo que me permitió recordarla tanto tiempo.

Cuando era muy joven, me enviaron a las yeshivot de Armentieres en Francia y Sunderland en Inglaterra. Durante siete años, no vi a mi familia. En la yeshivá de Francia, además de extrañar mucho, todos debíamos enfrentar condiciones físicas sumamente difíciles. La comida en la yeshivá era muy simple y limitada, apenas lo necesario para mantener unidos el cuerpo y el alma. También mi cama era sumamente sencilla.

En un invierno especialmente crudo, la yeshivá se había quedado sin combustible para la calefacción. Sin calefacción en las habitaciones, casi nos congelábamos. Debido a la difícil situación económica en que se encontraba la yeshivá, ni siquiera contábamos con buenas frazadas para cubrirnos, por lo que comenzamos a taparnos con los colchones.

Al ver cómo nos esforzábamos para enfrentar la situación, el Rosh Yeshivá trató de animarnos y nos preguntó si teníamos frío. Nos dio vergüenza quejarnos, por lo que nos quedamos callados. Pero nuestros rostros reflejaban nuestros sentimientos. El Rosh Yeshivá comprendió nuestro sufrimiento y comenzó a cantar con enorme apego a Dios. Lentamente, una sensación de calidez y camaradería comenzó a reemplazar el frío del ambiente.

De esta manera, en medio de la mayor pobreza y privación, seguimos adelante con nuestro estudio de Torá, en cumplimiento de la Mishná en *Avot* (6:4): “Éste es el camino de la Torá: come pan con sal, bebe una pequeña medida de agua, duerme sobre la tierra, vive una vida de privaciones, pero esfuerzate en la Torá”. Solamente muchos años más tarde, pude llegar a valorar la privación que vivimos en esa época, cuando logré comprender la *suguiá* que había estudiado.

La verdad es que mientras era un *bajur yeshivá* tenía muchas quejas contra mi padre, quien me había enviado, y me había dejado para arreglármelas por mí mismo a una edad tan temprana y tan lejos de mi hogar. En una ocasión, cuando le conté las condiciones en las cuales vivíamos en la yeshivá, mi padre me respondió: “Esto es lo que sientes ahora, pero llegará un día en el que me lo agradecerás”.

Y tenía razón.

Al madurar, muchas veces contemplé la posibilidad de dedicarme a los negocios. Pero en cada ocasión, recordaba las palabras simples y sinceras de mi padre y, de inmediato, comprendía que mi destino era diseminar la Torá entre mis hermanos, los Hijos de Israel. Este es el negocio de mi vida.

Hasta el día de hoy, cada vez que recuerdo mi pasado y los sufrimientos que debí enfrentar para llegar a donde me encuentro, mis labios murmuran:

“Muchas gracias, padre”.



יְדִיהָ שְׁלָחָה בְּכִישׁוֹר וְכַפִּיהָ תִּמְכּוּ פָּלָךְ

“Se hace un manto y lo vende; y una correa le dio al mercader” (*Mishlé* 31:25)

En el año del fallecimiento de la Rabanit Pinto, en Yeshivat Torat David en Ashdod, se realizó el evento de la conclusión del estudio de todo el *Shas*, que se realizó con mucho esplendor y honor —como se debe por el honor de la Torá—, por la elevación del alma de la Rabanit Pinto, *aleha Hashalom*. Los jóvenes alumnos de la yeshivá que preside *Morenu Verabenu*, el Gaón, el Tzadik, Ribí David Jananiá Pinto, *shelita*, se habían comprometido a estudiar durante los treinta días del fallecimiento de la *Tzadéket*, la Rabanit Mazal, *aleha Hashalom*, madre de *Morenu Verabenu*, todos los tratados del *Shas*, en señal de aprecio por el esfuerzo y la entrega de *Morenu Verabenu* en el mantenimiento de la Torá. El nieto de la Rabanit, Ribí Yoel Pinto, *shelita*, fue uno de los que había tomado la palabra en dicho evento, y habló acerca de la cualidad del recato de la Rabanit, la cual era parte intrínseca de su personalidad.

Su recato siempre fue símbolo de la mujer judía que cumplió en sí misma lo que dice el versículo (*Tehilim* 45:14): “Todo el honor de la hija del Rey se encuentra dentro”. La corona del reino estaba adherida a la cabeza de la mujer judía, y por su boca, ella estableció la dirección que habría de seguir su hogar. Así ella dejó marcada la conducta que debe continuar la siguiente generación después de ella.

Entre las cosas que Ribí Yoel mencionó, hizo hincapié en su cualidad del recato. El recato fue para ella como una vela que iluminaba sus pasos. También habló acerca de la gran recompensa que le aguardaba por ello. Éstas fueron sus palabras:

Yo sé que, por lo general, una madre les muestra a sus hijos el camino a seguir, los educa según su punto de vista. Nuestros Sabios, de bendita memoria, (*Tratado de Yomá* 47a) relatan que una mujer llamada Kimjit había tenido el mérito de que de ella salieran siete hijos *Cohaním Guedolim*. Cuando le preguntaron a qué se debía que hubiera tenido dicho mérito, ella respondió: “Las paredes de mi casa nunca vieron mi cabello”. Una vez expliqué que la respuesta que ella había dado no fue para explicar cuál fue el mérito por el cual tuvo dichos hijos, sino para explicar qué fue lo que causó que sus hijos se criaran de tal forma, *tzadikim*. Por eso, ella respondió: “Ellos vieron cuán recatada fui; cuánto me esforcé en ocultar mi cabello, y cuánto fue mi temor del Cielo

en este aspecto”. Como resultado, en su casa, los niños vieron tal nivel de recato en su madre que ellos también se esforzaron en ser recatados cuando crecieron. No fue por el mérito de haberse conducido de tal forma sino por el hecho de que la vieron conducirse así. De una casa en la que se encuentra una gran madre como aquella, obligatoriamente salen de allí *Tzadikim*. A ello se debe el éxito de tal mujer en tener hijos *Tzadikim*.

¿Por qué “una correa le dio al mercader”?

De hecho, podemos decir que el nivel de recato de las generaciones previas fue literalmente superior. Podemos aprender hasta dónde llega este tema, a partir de las palabras del Gaón, Ribí Refael Berdugo, *záa*, uno de los conocidos Sabios de Marruecos de hace aproximadamente doscientos cincuenta años, que escribió muchos libros de *hagadá* y de Halajá. Fue apodado el Malaj Refael, pues era un Rav sagrado como un ángel de Hashem.

Ribí Refael Berdugo explicó uno de los versículos dificultosos de *Éshet Jail* de forma espectacular, que supera toda imaginación, y del cual podemos aprender hasta dónde llega el nivel de recato con el cual se conducían las mujeres de Israel de aquella época.

A Ribí Refael le fue dificultoso interpretar lo que dice el versículo de *Éshet Jail*: “Se hace un manto y lo vende; y una correa le dio al mercader”. De acuerdo con la explicación simple, se trata de la mujer virtuosa a la que le interesa permanecer como justa, y permitirle a su esposo dedicarse a su estudio de Torá día y noche, por lo que ella decide encargarse de la manutención de su hogar.

Para eso, ella se dedica a hacer mantos y venderlos a las personas, con cuya venta puede sostener su hogar.

Si así se comprende el versículo, entonces, no se entiende lo que dice a continuación: “y una correa le dio al mercader”, pues, si ella les da las correas a los mercaderes, está perdiendo de sus ganancias de los mantos.

Y si decimos que da las correas a los mercaderes como “oferta” para atraer a los compradores de sus mantos, no es lógico decir que Shelomó Hamélej, el más sabio de todos los hombres, viene a enseñarnos técnicas de venta aquí, en el capítulo que trata del elogio de la mujer virtuosa. No

cabe duda de que hay oculta aquí una sabiduría más profunda.

La explicación maravillosa de Ribí Refael es una demostración del estilo de vida de recato y de santidad que reinaba en sus días. Así él explica: en verdad, se trata de la mujer que quiere sostener su hogar de modo que su esposo pueda dedicarse de lleno al estudio de Torá; por ello, la mujer toma la decisión de dedicarse a la venta en un negocio en lugar de que su esposo lo haga.

Pero debido a que su recato es la vela con la que dirige sus pasos, ella sabe que no es correcto estar en un negocio y recibir a las personas que llegan y tomar de ellas el dinero. Por lo tanto, ella se hace un manto especial a fin de ocultarse y crear una separación entre el lugar del vendedor y el de los clientes que llegan al negocio para comprar su mercadería (una especie de *ezrat nashim* en el negocio). Ese es el manto que ella hizo y extendió para poder vender.

Solo que, independientemente de esto, esa mujer virtuosa, justa y recatada, buscó otra forma de poder recibir el dinero del cliente de forma recatada, pues si ella fuere a extender su mano para recibir las monedas, tampoco sería un acto recatado. Los Sabios fueron exigentes incluso respecto del dedo más pequeño, en cuanto a que no fuera visto por persona alguna.

Por ello, el versículo dice: “y una correa le dio al mercader”, pues con mucha sabiduría ella tejió una correa fuera del manto, la cual estaba extendida sobre el mostrador. Ella le extendía esa correa al mercader al otro lado del manto de modo que colocara en dicha correa las monedas, y la correa con las monedas ella la atraía hacia sí en forma recatada. Así explicó el Rav Malaj Refael las palabras de Shelomó Hamélej.

De modo que es cierto que los temas de recato como éste no los podemos captar con la mentalidad de nuestros días, pero los Sabios no tienen la costumbre de dar una explicación que no fuera parte de la realidad de la forma de vida que llevaban. Si así explicó el Rav Malaj Refael, tiene que ser que así se conducían las mujeres de Israel justas de una generación que ya pasó. Y, en efecto, un sinnúmero de relatos de esta índole se han contado acerca de las matriarcas cuyos senderos han sido así todas sus vidas. De ellos, podemos aprender el ejemplo para reforzarnos en todo lo que tiene que ver con el recato, del cual se vanagloria el viñedo de Israel.